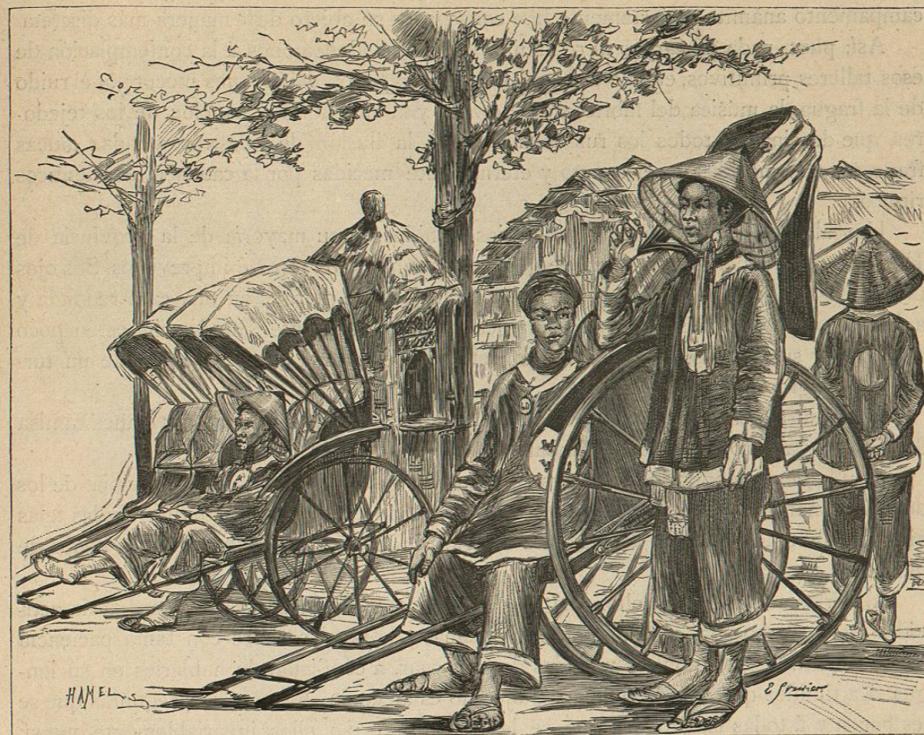
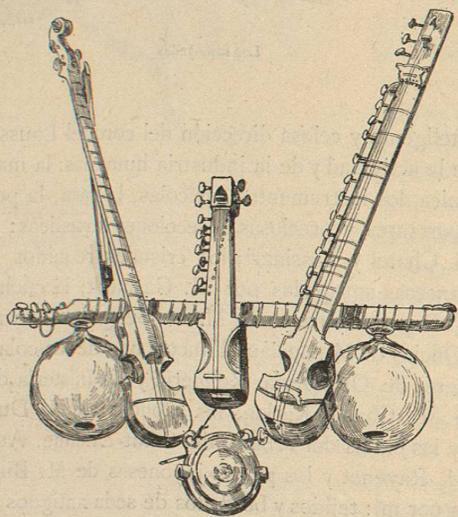


las primeras investigaciones de Bayard, Niepce y Daguerre (1839-1850), hasta los interesantes ensayos de la fotografía en color, de Carlos Cros; desde la tentativa de impresión con tintas grasas, de Tessier du Motay y de Marechal hijo, de Metz, en gelatina bicromatada; desde las primeras aplicaciones de A. Poitevin, Davanne y Lemercier, que dieron por resultado los preciosos y fecundos descubrimientos de la heliografía.

Tal es en sus rasgos principales el cuadro de la Historia del Trabajo en el Palacio de las Artes liberales. No he ocultado los vacíos y defectos que se notan; pero creo haber indicado suficientemente el interés que ofrece al público esa vasta reunión de documentos.

Luis GONSE



Los empujadores

## EL VILLAJO TONQUINÉS

Un patio cerrado, circuido por todas partes de cabañas de bambú y chamiza y cubiertas de ramaje y paja, en las cuales se ejercen raras industrias, he aquí el villorrio tonkinés. La primera impresión que se experimenta es un sentimiento de vaga desconfianza, respecto de esta condensada exhibición: parece que se haya sacrificado el color local, la reproducción viva de un pueblo del extremo Oriente á una hábil exposición retrospectiva del trabajo anamita. A pesar nuestro, evocamos las cabañas aisladas en los junglares, los largos villajos diseminados á orillas de insalubres ríos, y esta visión de un país nunca entrevisto nos perseguiría, si la habilidad, la evidente sinceridad con que se ha reproducido todo un pueblo, no se revelara interesante y persuasiva á proporción que la visita se hace con más seriedad y reflexión.

Y ¿qué importa la inverosimilitud de este pueblo compendiado si se revela en él una civilización completa? Acaso no está aquí la verdadera cabaña tonkinesa, á cuya minuciosa reproducción hubiera sido insensible el público; acaso es penoso también el sacrificio que deben hacer los asiduos rebuscadores de lo pintoresco local; pero recordemos que las cabañas de la Explanada constituyen un pueblo de exposición, de vulgarización, em-

pleando un término detestable. Este es el fin á que debían tender los organizadores del campamento anamita, y ciertamente han conseguido su objeto de la manera más discreta.

Así, pues, nada de cargos ni recriminaciones: abandonémonos á la contemplación de esos talleres primitivos, en que trabajan hábiles rezagados, dejándonos mecer por el ruido de la fragua, la música del fabricante de *gongos* y la entrecortada canción de los tejedores, que dominando todos los ruidos, nos darán la ilusión de nuestras amadas aldeas francesas adormecidas en el campo y eternamente mecidas por la cadencia de idénticos ritmos.

Hay allí hasta un centenar de operarios, venidos en su mayoría de la provincia de Hanoi, seres pequeños, endebles, de gestos y movimientos raros é imprevistos. Sus ojos prolongados, llenos de dulzura y delicadeza soñadora, se pierden en una cara redonda y aplanada, cuyo color de ocre parece espejear de puro reluciente. Sus barbas están poco pobladas, y sus cabellos de negro ébano, retenidos en moño, están rodeados de un turbante muy graciosamente anudado.

En cuanto al traje, se compone de telas sombrías en que suele resaltar blanca camisa de seda, cerrada con botones de ámbar.

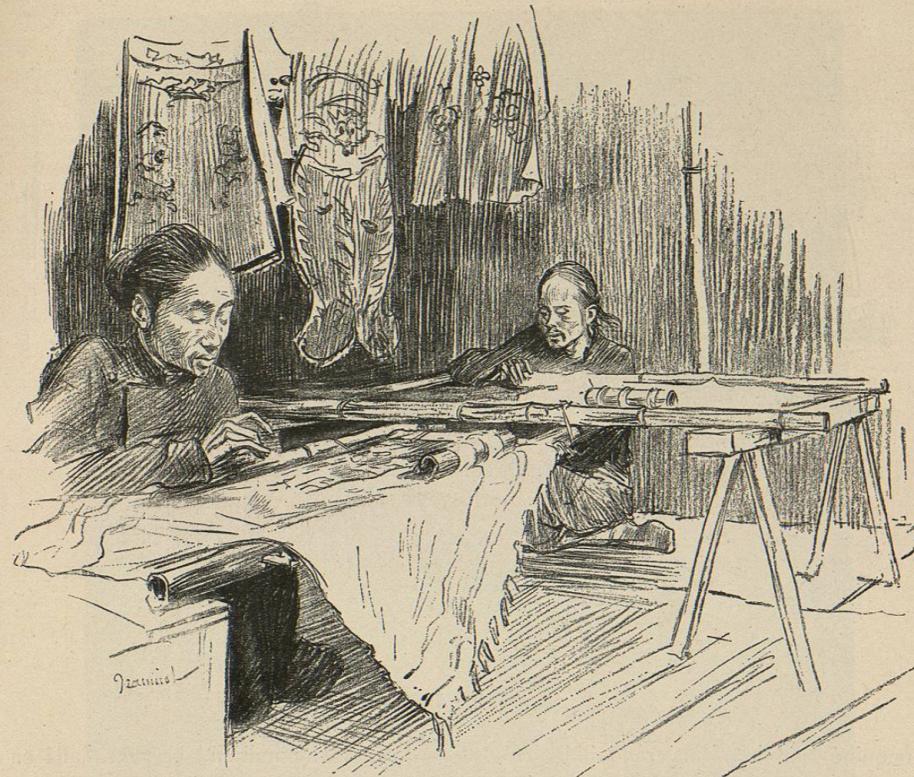
Bien hemos encontrado á los personajes de los groseros jirones de la infancia, de los delicados marfiles vistos más tarde, de los bronce hieráticos, á los artesanos de las telas pintadas, dibujados en los abigarrados interiores de las casas, y los paisajes llenos de montañas y canales.

Al verlos se adivina en ellos una raza inteligente y laboriosa. Su extraordinaria actividad parece reposada, consciente de sí misma; y la tarea se hace con tanta paciencia como seguridad. Son sumisos y fáciles de gobernar, á condición de hablarles en su lengua. La timidez que se observa en sus ojos no es afectada. A todas las preguntas que se les hacen y á todas las órdenes que se les dan, contestan ellos invariablemente que sí: temen que parezca que no han comprendido.

Allá, en su país, todo el mundo trabaja en familia: la mujer es generalmente muy astuta en interés de la casa, y hasta los niños de cinco años tienen algo útil que hacer en las barcas. Nunca en este pueblo es día de fiesta; jamás se deja de trabajar. Sólo á la renovación del año, en el *tet*, que ellos dicen, los trabajadores de las ciudades vuelven á su país, y entonces suele prolongarse la fiesta hasta veinte días. Dura el regocijo tanto como el dinero ahorrado con tanta paciencia como constancia con la esperanza de estos solemnes y tradicionales regocijos.

Estos operarios artistas parecen dar á lo que hacen un interés continuo. En la Exposición, acurrucados en sus esteras, sin cuidarse del público que obstruye los vanos privándolos de luz y hasta de aire, fabrican sus baratijas casi sin alzar la vista. A veces encienden un cigarrillo, á veces también traban conversación los más inmediatos. Las contestaciones se hacen esperar, y la canturía de su habla ligeramente velada rompe la monotonía de una labor continuada con tanta paciencia.

A todos los que experimentan gratas sensaciones artísticas en estudiar los gestos ligeros y delicados, las sutiles flexiones de los brazos y de las manos, las actitudes inesperadas y los diversos movimientos que puede dar el trabajo al cuerpo humano, recomendamos el atento examen de la galería del Trabajo tonkinés, en las horas en que la multitud no embaraza el villajo. Es una serie de casitas exiguas, en cuya oscura profundidad se entrevén lechos bien primitivos, cajas despanzurradas, ropas colgadas; y en la parte anterior el piso cubierto de esteras.



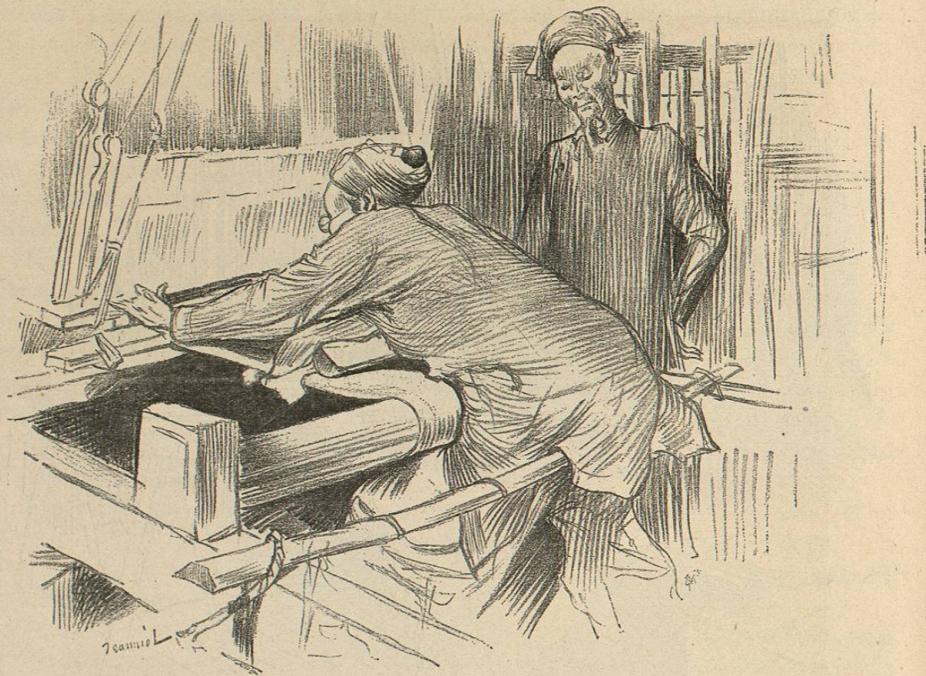
Bordadores tonquineses

El primero de estos talleres es el de los escultores, cuyos cinco obreros pertenecen á la casa Viterbo, de Hanoi. Acurrucados, acariciando su obra con movimientos y habilidades de monos, labran á conciencia el *trac* y el *go*, esas duras maderas de Oriente, la una roja como hez de vino, la otra amarilla oscura: el cincel se introduce en los recortes y labores de encaje; el golpe de mazo es seco, sin vacilación, sin error de un milímetro. La cabeza y el torso del obrero siguen el más ligero movimiento de las manos, y así son sobrias las contorsiones, y el manejo tan natural y extraño á la vez que recuerda las flexibilidades y astucias felinas.

Cuando yo entré, un viejo con gafas redondas esculpía un cuadro de una sola pieza, tres hombres más labraban las piecitas de un gran mueble, y otro, de aspecto tranquilo, casi extático, con la boca abierta, bosquejaba en un colmillo de elefante motivos complicados en raras combinaciones.

¡Tres largos meses de trabajo incesante para acabar la escultura de ese fragmento de marfil! Lo cubrirá de todos los adornos que le inspire su arte, tan ingenuo y complejo á la vez, y el marfil incrustado de plata vendrá á ser una copa.

La copa irá á parar á algún bazar japonés de la avenida de la Opera, frecuentará las tiendas de los revendedores, será comprado, en fin, por algún viejo coleccionador, que se hará la ilusión literaria de poseer una pieza única en su género, mientras que el escultor



Tejedores anamitas.

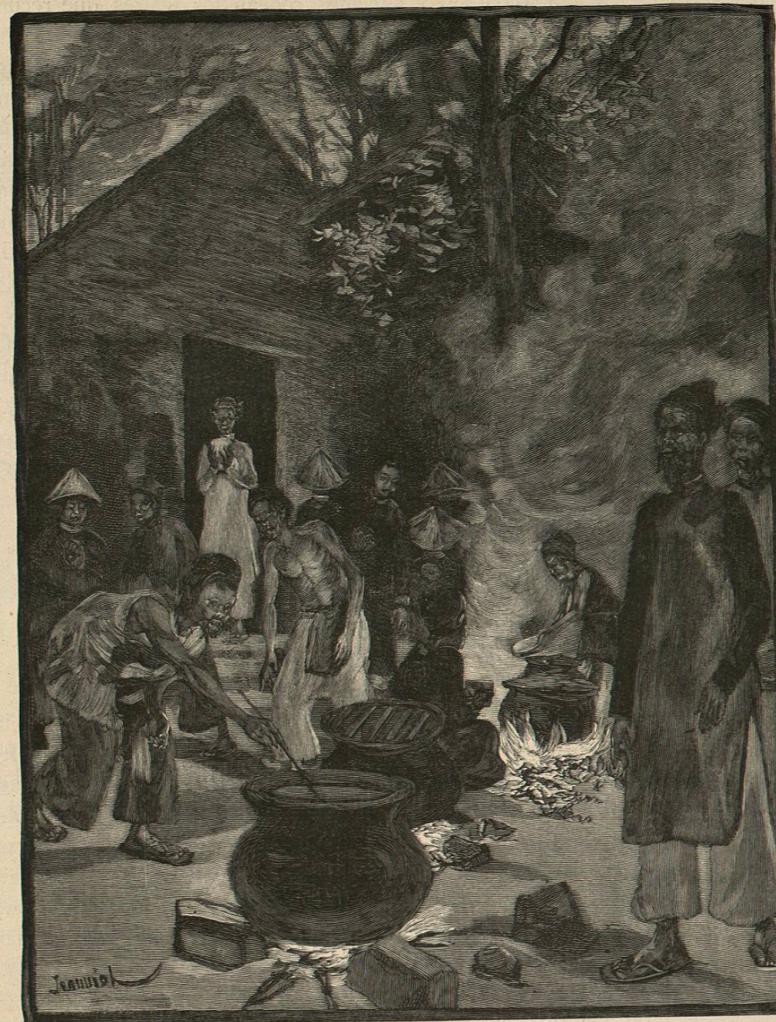
tonquinés, con la misma tranquilidad con que labró esta, se pondrá á labrar otra, allá en Hanoi, y otra y otras, con diferentes dibujos, pero no menos vanas é inútiles.

La industria inmediata es la incrustación. Plácido como su vecino el escultor de marfil, otro tonquinés dibuja, en grandes hojas de papel, flores, extraños vegetales; personajes ridículos, animales fantásticos. Su compañero recorta sobre estos modelos, finas láminas de nácar, mientras que un tercero traza en la madera los huecos destinados á recibir esta delicada ornamentación.

Al lado de ellos, encorvado sobre una muela, un joven aprendiz desgasta vigorosamente los trozos de concha marina, busca las aguas del nácar y clasifica las piezas pulidas, escogiendo y separando las multicolores, rosadas, opalinas, cerúleas, etc.

Muy cerca de allí está el fabricante de tambores, pots pintados de rojo, discos de cobre y hasta antiguos barriles: á todos les pone su piel de buey sin curtir, mientras que sepultados bajo esteras se secan los instrumentos recién barnizados. Hay que ver al artesano armado con sus instrumentos en el umbral de su tienda preparando los dos extremos de un tonel para que reciban el cuero. Afánase y forcejea, desnudo hasta la cintura, y su espalda tiene á los rayos del sol visos de carapacho, magníficos tonos y reflejos metálicos, que encantan la vista; espalda recogida, palpitante, que reclamaría para reproducir su violencia escultural las facultades del gran estatuero Rodin.

Colocados al rededor del mismo taller, fabrican los bordadores actualmente un tapiz de mesa ó tapete. Sus delgados brazos desaparecen á cada momento bajo el negro paño y reaparecen de súbito por encima de él: las mariposas de los ángulos, los elefantes y los dragones bordados de oro están ya terminados, y las manos de los cuatro artistas se



La cocina tonquinesa.

reunen ahora en medio de la obra bordando la roseta central. Las coloraciones rabiosas, los hilos rojos, violados, verdes, parece al principio que no han de casarse fácilmente; pero si se retira uno un poco, los ve luego al punto fundirse y armonizarse. Tres vestidos de aparato con pomposos adornos, destacándose sobre una tela roja, decoran las paredes del taller: son trajes teatrales para una próxima representación que se dará en el villajo tonquinés: un inmenso tablero cuyas piezas humanas funcionarán en complicadas combinaciones y con los sutiles cálculos del juego.

El fondo del patio está ocupado por los telares: en uno de sedas ordinarias se tejen largas piezas amarillas; el otro es de ricas sedas, obra de tejedores reales, que sólo trabajan para los príncipes y altos mandarines. Estos confeccionan telas adamascadas de reflejo vegetal y ricos tapices para adornar los palanquines ó literas.